

Alicante

EXTRAVÍOS TEMPORALES



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz Lorente

Era la mañana del primer domingo de 1900 cuando acudió a casa de sus padres, en la calle de San Francisco.

Desde hacía más de medio año, su madre había recurrido varias veces a él, hijo único, para que buscara a su padre. Entre lágrimas y suspiros, su madre le dijo que solo había dejado de vigilarle un par de minutos, mientras faenaba en la cocina. Cuando volvió al comedor, ya había desaparecido. «He preguntado a los vecinos y a los transeúntes, pero nadie recuerda haberle visto». «¿Cuánto tiempo hace?», preguntó el hijo. «Más de dos horas».

Afortunadamente, sabía dónde buscarle. Decidió que empezaría por el puerto y el Postiguet. Si no estaba allí, iría a la Ereta o a los castillos y, por último, a la Albufereta.

Su padre, **Antonio Galtero Forner**, había trabajado siempre en el Ayuntamiento, primero como escribiente, luego como archivero durante 12 años, entre 1860 y 1872, y por último como secretario municipal durante 18 años, hasta su jubilación en 1890. Hacía ya diez años que se había retirado y cuatro que había empezado a manifestar síntomas de senilidad, aunque fue hace dos, tras el fallecimiento de su única nieta, cuando el anciano comenzó a sufrir cada vez con mayor frecuencia y duración aquellos extravíos que le ofuscaban hasta el extremo de perderse, de olvidar dónde se encontraba e incluso quién era.

Al abuelo Antonio le gustaba pasear por la ciudad llevando a su nieta de la mano. Le contaba cómo era Alicante antes del derribo de la muralla, señalándole el lugar exacto donde estaban las puertas y torreones, le narraba la historia del castillo de Santa Bárbara, indicándole el trozo del monte Benacantil que se hundió junto con un torreón de la fortaleza al explotar una mina durante la Guerra de Sucesión, le enseñaba cómo fue construido el castillo de San Fernando durante la Guerra de la Independencia, la llevaba hasta la Goteta, para explicarle dónde se hallaba uno de los primeros manantiales que suministraba agua a la medina musulmana, y hasta la Albufereta, para pasar un rato contemplando las ruinas de la romana Lucentum, cuna de la ciudad alicantina... La nieta no se cansaba de escuchar las explicaciones de su abuelo, a pesar de no haber cumplido aún los ocho años. Y no los cumplió porque la muerte la sorprendió una tarde invernal de 1898, en forma de un caballo desbocado que arrastraba un carruaje por la calle de la Balsa, atropellándola justo un

segundo después de que se soltara de la mano de su abuelo.

Los padres y abuelos sufrieron mucho por la pérdida de la nieta, como es natural, pero fue Antonio quien acusó unas consecuencias más evidentes e inmediatas, al agudizarse casi de repente el trastorno mental que venía incubando desde hacía meses.

Durante los dos años anteriores al accidente los desarreglos eran apenas perceptibles, como olvidos de cosas nimias y rutinarias. Pero poco a poco estos desarreglos afectaron a su sentido de la orientación, en tiempo y espacio. Equivocaba los días de la semana o del mes en que estaba, olvidaba de vez en cuando el lugar donde se hallaban las cosas, se desorientaba ocasionalmente cuando deambulaba por la ciudad. Advertidos los padres, no llegó su preocupación hasta el extremo de impedir que la nieta paseara con el abuelo, ya que nunca se separaba de ella. Tampoco se separó aquella fatídica tarde en que la nieta se soltó de su mano para cruzar la calle y entrar en casa de sus padres. El abuelo estaba solo a un par de pasos de ella cuando la atropelló aquel endiablado carruaje tirado por un caballo enloquecido.

A partir de entonces el trastorno mental de Antonio progresó más aceleradamente. Olvidaba con facilidad cuanto había vivido unos días o incluso unas horas antes, si bien su memoria permanecía inalterable en cuanto a lo que había aprendido acerca de la historia de su ciudad natal.

Llegó a olvidar a su familia, incluida su querida nieta. Reconocía a su esposa porque la veía todos los días, aunque en su mente llegó a convertirse, en un momento indeterminado, en su madre. Los médicos dijeron a sus preocupados esposa e hijo que el anciano parecía haberse entregado con resignación, y hasta con gusto, a aquel extravío mental que le impedía revivir, entre otros recuerdos dolorosos, la forma como falleció su amada nietecita.

Pero aquella demencia senil resultaba peligrosa cuando salía de casa solo, acostumbrado como estaba a dar paseos a diario por la ciudad. Cada vez con más facilidad acababa desconcertándose y perdiéndose, sin dar con la forma de regresar a su casa, probablemente porque había olvidado que la tenía.

Algunas veces era acompañado a casa por algún vecino o conocido que lo había encontrado deambulando y confun-

dido. Otras, eran su esposa o hijo quienes salían a buscarlo. Así fue como descubrieron sus preferencias, los lugares a los que solía ir para contemplar su ciudad, que a sus ojos muchas veces aparecía tal como había sido en décadas y hasta siglos anteriores, fruto sin duda de los conocimientos que había adquirido y acumulado durante sus años de servicio como archivero municipal.

En una ocasión, ocho meses atrás, su hijo lo encontró en el Tosal de Manises. Después de varias horas de desesperada búsqueda, un carretero le dijo en la Goteta que creía haberle visto camino de la Albufereta. Hacia allí fue el hijo montado en su bicicleta. Lo encontró cuando el sol ya empezaba a ponerse, admirando boquiabierto un pasado remoto, un mundo que hacía dos mil años que había dejado de existir. «Mira, por allí va el liberto **Popilio**, camino de la terma que ha hecho construir con su propio pecu-



Ilustración de Amparo Alepuz,
profesora de Bellas Artes de la UMH.

lio», dijo el viejo señalando con el índice diestro un punto tan solitario como el resto de las ruinas.

Mientras regresaban a la ciudad, el hijo trató de convencer a su padre de que la realidad no era lo que decía haber visto en el Tosal de Manises, como tampoco lo eran cuando creía contemplar las antiguas murallas o el puerto musulmán que se suponía había existido en la playa del Babel. «Son imaginaciones tuyas, papá», le decía. Pero dejó de insistir en su afán de desengañarle después de que su padre recordase en voz alta un pasaje leído en un libro de **Erasmus de Rotterdam**, en el que se cita a su vez a **Horacio**, quien describió en una de sus odas a aquel anciano de Argos que se pasaba días enteros sentado en el teatro, disfrutando de tragedias estupidas que sólo existían en su imaginación. «Siendo venerado por sus parientes, amigos y siervos, fue sin embargo devuelto a la realidad por mediación

de eléboro, un fármaco que curaba la locura, arrebatándole al mismo tiempo la alegría y la placidez. De ahí su amarga protesta, cuando dijo: «Me habéis matado, amigos. No se conserva, se mata, a quien habéis quitado el placer, arrancándole por la fuerza el desvarío de la mente»; y añadió Antonio mirando fijamente a los ojos de su hijo: «No pretendas curarme de este extravío mental que libera mi espíritu de cuitas angustiosas, te lo ruego».

El hijo respetó el deseo de su padre y no trató de sanarle..., hasta ahora. Hasta que esta mañana dominical encontró por fin al anciano en el muelle, sentado en un tonel. De espaldas al mar, miraba con ojos llorosos y angustiados la ciudad y el cielo. Sus lágrimas resbalaban por sus mejillas como penas líquidas brotadas del corazón. «Papá, soy yo, **Tonet**. ¿Qué te pasa?».

El anciano tardó en responder a su hijo. Lo hizo balbuceando y sin dejar de llorar. «Parece un sueño, pero no lo es. Sé que no lo es. Tampoco lo estoy imaginando, créeme. No sé cómo ni por qué, pero sé que es verdad lo que estoy viendo... Y es horrible. Horrible».

La ciudad que describió a su hijo era indudablemente Alicante, la misma que ahora se extendía frente a ellos, aunque con algún que otro edificio nuevo. Pero lo que más angustiaba a Antonio eran las bombas que estallaban por doquier, destruyendo casas, provocando incendios y esparciendo la muerte. Tonet supuso que su padre creía estar reviviendo alguno de los bombardeos que la ciudad había sufrido a lo largo de su historia, como en 1691 por la armada francesa o en 1873 por las naves cantonalistas, pero supo de su error cuando su padre afirmó que las bombas no eran disparadas por cañones situados en barcos o en tierra, sino que caían desde extraños aparatos voladores, mucho más ruidosos y rápidos que los globos aerostáticos.